

Anne Kalicky & Amélie Videla

24

HISTORIAS
para esperar
la Navidad



ANAYA

Título original: *24 histoires pour attendre Noël*
Publicado por primera vez en francés.
© 2022, Éditions Gründ, un sello de Edi8, París

1.ª edición: octubre 2024

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-4069-1
Depósito legal: M-14639-2024
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Anne Kalicky & Amélie Videlo

24

HISTORIAS

para esperar
la Navidad



ÍNDICE

1 DIC.	<i>El calendario de Adviento sorpresa</i>	8
2 DIC.	<i>Un remedio para los renos</i>	12
3 DIC.	<i>El árbol de Navidad más bonito</i>	16
4 DIC.	<i>El león que quería ver la nieve</i>	20
5 DIC.	<i>Qué tarjetas tan bonitas</i>	24
6 DIC.	<i>Nochebuena en el bosque</i>	28
7 DIC.	<i>Pero ¿dónde está Papá Noel?</i>	32
8 DIC.	<i>El patinete rojo</i>	36
9 DIC.	<i>Las galletas de jengibre</i>	39
10 DIC.	<i>Un regalo para Papá Noel</i>	42
11 DIC.	<i>Hermanos de los pinos</i>	46
12 DIC.	<i>El tronco de Navidad de Brioso</i>	50



13 DIC.

La carta a Papá Noel

54

14 DIC.

El coro de elfos

58

15 DIC.

Copito de Nieve

62

16 DIC.

Wapi y el mercado navideño

66

17 DIC.

Dos calcetines navideños

70

18 DIC.

Pánico en el taller

74

19 DIC.

Juegos de nieve

78

20 DIC.

El falso Papá Noel

82

21 DIC.

A salvo del hielo

86

22 DIC.

Un invitado sorpresa

90

23 DIC.

En casa de Papá Dormilón

94

24 DIC.

De camino a repartir los regalos

98





1 DE DICIEMBRE

El calendario de Adviento sorpresa

Melisa y sus padres se han pasado por todas las tiendas (el quiosco de prensa, la tienda de la esquina, el supermercado...), pero no queda ni un solo calendario de Adviento.

—Una Navidad sin calendario de Adviento no es una Navidad de verdad —suspira Melisa, desilusionada, cuando llega a casa.

—Se me ha ocurrido una idea —dice de repente su madre—. ¿Y si lo hacemos nosotros?

Melisa la mira con los ojos brillantes y bien abiertos.

—¿Tú crees que es posible?

—Sí, ven.

La madre lleva al padre y a Melisa hasta un pequeño aparador lleno de material y les entrega trocitos de telas de colores, hilo, agujas, cintas...

Luego, se sientan a la mesa del comedor, y la madre se pone a coser veinticuatro bolsillos de tela.

Melisa los numera con un precioso rotulador dorado —uno, dos, tres... hasta veinticuatro—, y su padre coloca una cuerda en la pared y los cuelga con pinzas de tender la ropa. Cuando han terminado, el resultado es estupendo. Sin embargo, Melisa se da cuenta de que falta algo.



El calendario de Adviento sorpresa

—¡Ahí va! ¡Pero si no hay nada dentro! Un calendario de Adviento sin sorpresas no es un calendario de Adviento de verdad —suspira la niña, desilusionada.

Sus padres reflexionan.

—Se me ha ocurrido una idea —dice su padre—. Vete a acostar; puede que mañana el calendario de Adviento esté lleno. Nunca se sabe.

Melisa obedece, aunque poco convencida.

Sin embargo, al día siguiente se da cuenta de que todos los bolsillos del calendario están llenos.



El calendario de Adviento sorpresa



—¿No vas a abrir el primer bolsillo? —preguntan sus padres con gesto travieso.

Melisa se acerca, hurga en el bolsillo del 1 de diciembre y saca la mano con un bombón y dos caramelos.

—¡Hala! —exclama con alegría—. Los caramelos son para vosotros, y el bombón, para mí. Este calendario de Adviento es mejor que los que venden en las tiendas. Gracias, mamá. Gracias, papá. ¿Puedo abrir el bolsillo del 24?

—¡Ah, no, pillina! Vas a tener que esperar.



2 DE DICIEMBRE

Un remedio para los renos

Esa mañana, Papá Noel estaba de muy mal humor. Sí, a Papá Noel también le pasa a veces.

Se le había enredado la barba durante la noche, se le había colado una zapatilla debajo de la cama, se le había acabado su mermelada favorita, se le había quemado el pan en la tostadora y, por culpa de la nieve, se le habían congelado las tuberías, así que había tenido que darse una ducha fría.

—¡Brrrrr! ¡Fffff! ¡Aaaah! Hoy no es mi día. ¡Fffff! —no dejaba de refunfuñar.

Pero aún faltaba lo peor: cuando entró en el establo, imagínate su sorpresa cuando vio que Brioso, Rudolf, Cometa y todos los demás renos seguían dormidos y con la nariz roja apagada.

—¡Madre mía! —exclamó Papá Noel, acercándose a Brioso y tocándole la frente—. ¡Pero si estás ardiendo!

Papá Noel examinó a todos los renos y no tuvo ninguna duda: habían pillado un catarro de los fuertes.

¡Qué desastre! Si no les brillaba la nariz, los renos no podrían guiar a Papá Noel a través de la nieve y la niebla, por lo que no podría viajar ni repartir los regalos.

—¡Se va a echar a perder la Navidad! —dijo con tristeza Papá Noel.

«Tap, tap, tap», sonaron de repente los pasos de Mamá Noel en el establo.



Un remedio para los renos

—¿Qué te pasa, Papá Noel? —le preguntó cuando apareció con los brazos cargados de enormes cestas llenas de provisiones.

Papá Noel le explicó la situación.

—¿Cómo? ¿Solo es eso? —le respondió Mamá Noel—. No te preocupes, Papá Noel. Como te has pasado la noche roncando, me he levantado muy temprano. Cuando fui a darles los buenos días a los renos, vi que estaban enfermos, así que he consultado el libro de hechizos navideños y he encontrado el remedio que necesitan. Ven, acompáñame.

Papá Noel siguió a su mujer hasta el laboratorio. Entonces, Mamá Noel se puso a trabajar delante de una olla enorme y varios alambiques. En la cabaña de la familia Noel no tardó en reinar un riquísimo olor a bizcocho y zumo de zanahoria.

—¡Renos, ya está listo! ¡A desayunar! —dijo Mamá Noel mientras llevaba la olla al establo, seguida por Papá Noel, que trotaba tras ella.



Un remedio para los renos



Los renos, atraídos por el aroma del caldero, se acercaron y se pusieron a beber despacio. ¡Ñam! Disfrutaron del desayuno y, unos pocos minutos después, les empezó a brillar la nariz incluso con más luz que antes. ¡Hurra! ¡Los renos estaban curados!

Papá Noel no tenía un minuto más que perder. Se puso el abrigo rojo, empujó el precioso trineo de madera y ató a los renos, que brincaban de alegría ante la idea de salir a surcar los cielos. Luego, antes de marcharse, Papá Noel se acercó a Mamá Noel y le dio un beso que la puso colorada.

—Gracias, Mamá Noel. Has salvado la Navidad.